

Comparatística, Teoría y Crítica

Noé Jitrik
Universidad de Buenos Aires

El término «comparatística», aun admitiendo su pertenencia a una familia cuya madre es la «comparación» que, como se sabe, es un comportamiento que se efectúa en el lenguaje pero que se inscribiría en una primaria operación lógica, no deja de ofrecer perplejidades si no dudas acerca de su alcance. Es cierto, por una parte, que instaura una dimensión, abarca reglas procesales, encierra fenómenos analizables desde una perspectiva determinada pero, también, en un nivel más elemental no cabe duda de que prolonga una expresión, «literatura comparada», más actual y heredera de la más remota y establecida “gramática comparada”, que, más allá de su instalación institucional, habría venido en cierto momento a recoger relaciones, vendría a hacerse cargo de lo que al conectar por fuerza a una literatura con otras, y esas conexiones están en el fundamento del sistema literario global, saca a cada una de su ilusión de autonomía, entendida como autosuficiencia y autogeneración de rasgos y pone de relieve lo que las liga y las hace recíprocamente productoras.

En ese ámbito nos movemos y desde la admisión de tales límites y alcances se actúa, como si además el ámbito se constituyera, y así ha ocurrido, en una disciplina que, como tal, exige su epistemología y la delimitación de su objeto; al parecer, esa disciplina se ha extendido, tiene sus especialistas, realiza sus congresos y, eso es particularmente notable en la academia norteamericana, se suele superponer a lo que en otros ámbitos sigue llevando el nombre de «teoría literaria», lo cual probaría, cuando se produce, no ya una insatisfacción respecto de uno de los términos sino la existencia de una crisis, a veces declarada a veces larvada, provocada por la ambigüedad de ambos campos: a decir verdad, si «teoría literaria» es una designación permanentemente perfilada y poco segura, asediada por la necesidad de obtener triunfos conceptuales y crear modelos exitosos, transferibles al ejercicio de la crítica, no menos impreciso es el discurso que se refiere a «literatura comparada» que, en ocasiones, se disipa, aspira a tanto que podría pensarse que lo pierde todo. ¿Podríamos, entonces, hablar sensatamente de «comparatística» en términos de disciplina?

Tal vez no haga falta hacerlo para entrar en los problemas que aparecen cuando proclama su operatividad o su existencia de modo que, dejando de lado una muy corriente ansiedad por las definiciones, lo que se puede observar es que la superposición a la que me refiero, o más bien ese reconocible desplazamiento, no afectaría la entidad «literatura» propiamente dicha, sea lo que fuere que se entienda por ello, que está siempre ahí, enigmática y acechante, sino sólo los modos de entenderla en esa bifurcación, la teoría como emanación de una fenomenología, que se pregunta precisamente por el ente, la comparatística como saliendo de una pragmática puesto que, como parece ser una noción adquirida, toda literatura, y también todo texto, está en in-

terconexión, se entiende en una red, se muestra como hecho que convoca plurales miradas.

Se diría, asumiendo una modestia de que tal vez la mencionada disciplina y sus festividades carezcan, que una tendencia fuerte es creer que la comparatística es una mera metodología; es posible que, resignadamente, así sea pero en realidad sería más bien un comportamiento o una actitud que se basa en la convicción de que no existe texto solitario, por más original que sea, que no le deba algo a otros - lo que en otras épocas se designaba como «influencia» y más recientemente como «intertextualidad» -, que no esté en una tradición o no tenga que ver con una cultura; la idea de esa red aparecería, de este modo, vistas las cosas históricamente, como una replica a viejas creencias en la autonomía del arte, tal vez mejor sea decir «ideologías», pero también como respuesta contravanguardística, por cuanto las «vanguardias» históricas preconizaron, en sus diversas filosofías de la ruptura, junto con la idea de una experiencia absoluta en el orden de la creación literaria, un aislamiento esencial, tanto del momento escriturario como de la conformación misma de los textos.

En ese sentido, aunque siempre se había practicado, tal vez sin llevar ese nombre, la comparatística como disciplina implicaría, en su actitud, una voluntad de sinceramiento epistemológico, un poner las cartas sobre la mesa, o sea un exhibir aquello que permite que una relación elemental entre los hechos de la cultura en general aparezca iluminando un producto singular, como resultado de interacciones que están, para traer las cosas a nuestro campo, en el punto de partida de una textualización.

Pero dijimos antes que la noción de «comparación» estaba en el punto de partida de esta constitución disciplina-

ria: vale la pena detenerse en ella porque, pese a su interno movimiento de naturaleza lógica, tampoco se puede dar por admitido que la llamada «comparación» sea un movimiento natural del espíritu, ni siquiera en el sentido en que alguien como Paul Valéry habla del espíritu, no sople divino sino humana cualidad excelsa: si fuera natural, si comparar fuera algo así como una categoría emanada de tal cualidad, ello permitiría pensar que el espíritu mismo sería comparable, lo cual es un contrasentido pues ninguna noción de espíritu, menos aún la teológica o teofánica, tampoco la que lo hace equivaler a ingenio o sutileza, tolera convivencia y, por lo tanto, no es comparable con nada que no sea consigo mismo, ni siquiera lo es el Espíritu Santo, en la tríada cristiana, con Dios Padre ni con Cristo.

Por tal razón, hay que suponer que la comparación es tan sólo un mecanismo y que, por eso, puede tener un surgimiento histórico vinculado a las ideas, que pueden haberse impuesto previamente, de analogía y diferencia. En cuanto a la analogía, Freud sostenía que en el comienzo -lo que remite a un origen- una sola palabra servía para dos puntos opuestos de una serie de cualidades o de acciones, lo que indica, y ciertos usos verbales así lo prueban, el peso de lo igual sobre las operaciones verbales. En el lado del otro concepto, en el *Sofista*, uno de los momentos constituyentes del pensamiento platónico, categorías como distinción, categorización, clasificación, deducción son presentadas como “modos” de organizar la percepción de la diferencia; esa riqueza nos habla de un momento fascinado de la percepción de la variedad respecto de la cual Platón aconseja disociar, ora, en sus palabras, “lo mejor de la peor, ora lo semejante -extremadamente resbaladizo en su opinión- de lo desemejante” pero no para proyectar esa pluralidad de posibilidades de detección hacia la mecánica de la comparación sino hacia

otra región, la del simulacro, esa tan fecunda idea, ese fundamento de toda idea de ficción y de representación. Dicho de otro modo, al percibir la existencia de analogías entre objetos y, al mismo tiempo, de diferencias entre ellos -Platón señala que todo lo que es “distinto” tiene como carácter necesario el no ser lo que es sino relativamente a otra cosa- pues dichos objetos no se superponen pese a parecerse, los humanos instauran un movimiento al que llamamos comparación y que, además, al desarrollarse favorece en gran medida una de las posibilidades o dimensiones del lenguaje, o sea su aspecto cognoscitivo. Spinoza, por su lado, habla, según lo refiere Deleuze, de “relaciones” como un modo primordial de establecer un juicio sobre lo “adecuado” o, quizás mejor, sobre lo que es “inadecuado”. De ahí que “comparar” sea un gesto secundario, no porque sea intrascendente sino porque descansa en movimientos intelectivos previos, que la más vieja filosofía ha intentado determinar por partes aunque creando las condiciones para pensar en una articulación que ahora y aquí llamamos “comparación”.

Y, para volver a la “comparatística”, que es en realidad el centro de esta reflexión, porque podemos imaginar que todo conocimiento o saber se constituye comparando también se podría decir que todo saber es comparatístico, de lo cual la erudición sería un colmo altamente ilustrativo: el erudito es como un recinto saturado en el que las comparaciones fijan datos y valores sin límites, en un proceso de constante acumulación.

Es claro que la comparación sólo es posible, en principio, entre objetos de una misma serie pero, seguramente, hay objetos que no se parecen porque pertenecen a series diferentes y, por lo tanto, serían incomparables, pero como al comparar, como lo he señalado, se comprende y, por

consecuencia, se conoce, se explica el papel que desempeña la comparación a que recurren diversas semióticas, desde la lingüística hasta la médica y la jurídica, por no mencionar las científicas en todas sus variantes.

Así, pues, en resumen, se puede afirmar que hay objetos comparables, situados en una misma serie, y otros incomparables, situados en series muy alejadas unas de las otras. Considerando los primeros, la idea de comparación se impone entre los objetos que componen la serie -un ejemplo de comparación estática podría ser la relación entre los *Orlandos italianos* y el poema de Camoêns y uno de comparación dinámica lo que va del soneto italiano al galaicoportugués- pero el mecanismo no se detiene ahí: en el acto de reconocer analogías y diferencias la comparación sólo puede ejercerse si quien la realiza conoce sus reglas pero, además, si de ello intenta extraer alguna conclusión, inferir algo en el orden del conocimiento; aquello que compara, por lo tanto, aparece como una incógnita para develar la cual se aplica un saber verificado de regulaciones: algo conocido, en consecuencia, sirve para conocer algo desconocido o, por lo menos, que será conocido a partir de las operaciones comparativas; estamos en pleno surgimiento de la metáfora que, por otra parte, y como para probar el arraigo de este concepto, es, como lo señaló en su momento Roman Jakobson, uno de los sostenes del funcionamiento de la lengua. Desde luego que la metáfora tiene un alcance mayor pero, invirtiendo las direcciones, se diría que tiene en la comparación el instrumento primero o que las metáforas más elementales o menos elaboradas no son más que comparaciones.

Entre objetos que se parecen o, es más, que tienen elementos en común o, aun, que integran una serie, son precisamente estos elementos los que pueden ser comparados;

así, por ejemplo, entre un aparato mecánico y uno eléctrico destinados al mismo fin, la analogía puede establecerse en el orden de la función, la diferencia en el del ritmo de obtención de un resultado; entre el comer de un animal y el de un humano lo análogo es la necesidad de satisfacer una necesidad, lo diferente es la conciencia del acto. Pero, para seguir operando con oposiciones, y en la otra categoría, sería vano o forzado tratar de comparar objetos que no poseen ningún elemento en común, la manteca con la velocidad es un ejemplo muy socorrido para indicar esa dificultad. Así, pues, un predominio excesivamente grande de la diferencia anula, en esa extrema situación, el necesario juego con la analogía y condena a las eventuales comparaciones a una mera enumeración. Podría pensarse, correlativamente, pero poniendo el acento en el otro término, que un predominio arrasador de la analogía, al generar un efecto de fusión, anula igualmente la comparación: si dos objetos son iguales se puede afirmar, igualmente, que no son comparables o que no vale la pena compararlos.

Sin embargo, en ocasiones, se producen travesías entre objetos situados en diferentes series; de lo que parecía irreductible de un objeto se puede desprender algún esquema, alguna regla que permite ingresar en el universo de otro en principio incomparable: entre una máquina cualquiera y un texto en principio no hay nada en común pero, en cierto momento, la noción misma de máquina o de artefacto «sirve» para entender algo propio de un texto, ya sea en cuanto a su conformación, ya a su proyección. Acaso, a partir de esta observación, puede hacérsenos más claro el concepto de «interacción» discursiva y aun el más indeciso de «interdisciplinariedad» que a la luz de esta reflexión ya no sería una pluralidad de miradas sobre un texto sino el producto de una relación entre esquemas o conceptos procedentes de un

campo que resultan pertinentes para trabajar sobre un objeto propio de otro.

Hay, entonces, series diferentes desde el punto de vista comparatístico, a veces incommunicables a veces vinculables o vinculantes. Lo que ahora importa es reflexionar dentro de una serie en particular, lo que conocemos por «literatura», cuyos miembros, los textos, están muy entramados, se parecen, la analogía es de especie -por ejemplo los géneros- y las diferencias son de registro -más o menos innovación, más o menos conservación-. Como lo señalamos inicialmente, lo que confiere identidad o inteligibilidad a los textos, es la red de conexiones que han permitido que tomen forma y puedan circular, si se entiende por texto un tipo especial de objeto; por esta razón, el gesto comparatístico encuentra su fundamento en la lógica del sistema mismo hasta un grado tal que se podría decir que todo intento de entender la literatura en su conjunto y cada texto en particular tiene su encaminamiento a través de una mirada comparatística, de lo cual se deduce que el comparatismo sería un universal, una cobertura de aproximación tan amplia que nada quedaría fuera de ella en materia literaria. En este punto, una pregunta toma forma por oposición: ¿qué podría ser, en el trabajo en, con y sobre literatura, no comparacionista, o no comparatista, o no susceptible de comparación? Tal como están las cosas, algo así sería difícilmente ejecutable, salvo, quizás, un inmanentismo que, para no ser comparatista en ningún momento, debería ser absoluto, lo cual es impensable si se considera que un texto es lenguaje en acción, es producto de habla en términos de escritura que, a su vez, es, desde el punto de partida, un conjunto o, mejor dicho, un sistema de relaciones. Sobre ese telón de fondo tiene lugar eso que llamamos escritura que, por lo tanto, es base y fundamento de un texto pero también, vale la pena dejarlo insinuado, otra

cosa que un texto.

De este modo, si el inmanentismo es imposible y el comparatismo parece inherente a la consideración de los objetos literarios -o sea a ese modo de operación que se denomina «crítica»- la expresión «sistema de relaciones» se abre en embudo a la necesidad de explicitación; dicho de otro modo, ¿de qué relaciones se trata? Puesto que la escritura no es separable del lenguaje y todo lenguaje que se quiere articulado no sólo se mueve por su propio impulso sino por una teleología -cuyo momento final es la significación que produce un acto, un juego, de lenguaje- la primera de estas relaciones es la sintáctica, sin la cual no se puede pensar en actos de habla, aun si no se trata de frases, aun si se trata de meras interjecciones. No es la única: existen, además, relaciones que se traman, para dar consistencia a los actos de habla, en segundos niveles (un nombre propio o un pronombre son, también, sujetos en una narración y, en cierta posición, ligados a verbos, narradores) y que permiten diferenciar gestos que ordenan las funciones que se pretende cumplir con el lenguaje; igualmente, hay relaciones que podemos llamar de «discursivización», que encarnarían todo aquello que un acto de habla podría perseguir o pretender como efecto de su configuración. Esto tampoco es todo: las llamadas «funciones», enunciadas sagazmente por Jakobson, generan «marcas» que ordenan los modos de la enunciación. En suma, el análisis comparativista funcionaría poniendo en contacto tales sistemas de relaciones de texto a texto, de grupo de textos a grupo de textos, de literaturas enteras a literaturas enteras y, al parecer, no hay modo de escapar de ese esquema en un ejercicio crítico que haya renunciado a la redundancia o a la exaltación, que es también un modo de la redundancia o, sobre todo, del tan frecuente movimiento frenado que no obstante se autodenomina crítica, pero que tal

vez no merezca ese nombre si se trata, mediante la crítica, de progresar en el conocimiento del objeto textual desarrollando al mismo tiempo cualidades discursivas propias.

Pero, quizás, y como para volver al tema del desplazamiento producido entre literatura comparada y teoría literaria, lo que puede estar fuera del comparatismo sea, precisamente, una práctica teórica que tratara de asir especificidades; una teoría tal -la podemos reconocer en formulaciones deslumbrantes que sintetizan décadas de esfuerzos por consolidarla, en un arco que va del formalismo ruso hasta la semiótica- no sólo estaría a cubierto de cualquier acusación de inmanentismo sino que no admitiría que se la considerara inmanentista, sobre todo porque en su desarrollo ha terminado por admitir la concurrencia de conceptos o estructuras de diversa fuente u origen; pero sí reclamaría el derecho de operar sobre un objeto único concentrándose en él: para dar un solo ejemplo, ninguna teoría actual prescindiría de lo que le ha podido ofrecer el psicoanálisis pero no por eso se entendería como «teoría psicoanalítica de la literatura» sino, con orgullo, sólo como «teoría literaria» a secas, en un grado más alto de conformación. Precisamente, la afluencia de recursos provenientes de otras tantas experiencias disciplinarias habría generado una situación de saturación de presencia que nos atrevemos a designar como «hipertrofia teórica», que sería no sólo el punto a que se ha llegado sino también uno de los más visibles resultados de una férrea actitud anticomparatística; tal situación, sin embargo, indica el estado del intento pero, aunque las teorías de la literatura exhiban apreciables avances en la determinación de las especificidades, no han creado por fuerza un modelo único y autónomo de comprensión. Lo cual no es motivo de reproche: lo que ciertas teorías obtienen, cada una en su dirección, y lo que no logran obtener, no sería otra cosa que momentos, a veces relativamente articulables,

en la continuidad del esfuerzo por ir más lejos en el conocimiento del objeto texto.

En un plano diferente, acaso menor para algunos, el comparatismo sería, luego de esta contextualización -a la que le falta la ubicación histórica, o sea el registro de la ocurrencia que hizo que algo que se venía haciendo desde siempre adquiriera un estatuto-, un momento en la historia de la crítica tradicional, acaso uno de los más sensatos aunque también uno de los más humildes: parte de una situación de hecho, los textos ubicados en literaturas que, a su vez, son vistas paradigmáticamente, por medio de organizaciones que garantizan, en principio, su inteligibilidad; además, los considera frente a otros textos en sus modos de conformación y aun de trascendencia y los entiende en relaciones de intertextualidad sin la cual es difícil que haya lectura, a la cual también tiene en cuenta en lo que es objeto de su búsqueda, si lectura es una actividad productora y no simplemente un sistema, como cualquier otro, de aprehensión de significados. Presupone, también, como otro de sus rasgos principales, que los textos son penetrables en virtud de la red que los sostiene, cultura y literatura, cuyos encuentros o tramas son lugares de concentración y simultánea presunción de impenetrabilidad por lo que cada una tiene de irreductible.

Se ve, entonces, el campo en el que el comparatismo se mueve con eficacia y sin duda debe contar en sus anales con numerosos logros. Pero, acaso, su idea del texto, sobre el que tiende sus redes, pueda resultarnos insuficiente a causa de lo que es su mayor mérito, desde el punto de vista de lo que favorece el trabajo de la crítica. Me refiero al carácter «objetivo», fenoménico, que se le adjudica y que facilita sin duda sus operaciones, como siempre ha ocurrido con la crítica: advertir conexiones, funcionamientos de sistemas, relaciones

de representación, interacciones discursivas, peculiaridades inscritas en campos determinados dimana de tal carácter y favorece no sólo la observación sino que sirve para ratificar los principios que la guían. Incluso la «interpretación», palabra que parece vehiculizar lo personal y subjetivo de la relación con un texto, que sigue a la observación y está determinada por ésta, juega con los propios términos y también los ratifica puesto que todo está casi a la vista, ésa es una cualidad de lo objetivo. Podríamos someternos a eso y tratar de sacar, en el ejercicio de la crítica, el mayor partido posible de estas condiciones de trabajo y sin duda muchos lo hacen ligando la noción de «literatura comparada» y de «comparatística» a un modo de crítica que brinda las satisfacciones de un reconocimiento, tanto de la efectividad del aparato puesto en marcha como de sus condiciones teóricas.

Pero atribuirle esa dimensión tal vez sea reductivo y así como sosteníamos que la escritura genera el texto pero es más que el texto, antes y después de él, podemos pensar que el texto no se entiende fuera de una red pero también es otra cosa respecto de la red que ha permitido constituirlo.

¿Qué otra cosa es? Varios planos se intersectan para entrar en esta dimensión; el primero, ya señalado, es que siendo un texto un producto de escritura la escritura no es exactamente lo mismo que un texto sino un previo «atravesado» por plurales instancias, desde las físicas del trazo hasta las libidinales que le proveen tanto «formación» como «información»; en este punto se podría hablar de subjetividad pero no entendida en el sentido de una presencia de agente, con lo que el agente, como sujeto de la escritura, conlleva, sino de radicación inconsciente y en el inconsciente de lo que lleva a escribir. Sobre esto queda algo por decir: lo que lleva a escribir puede entenderse, a su turno, en dos niveles,

el primero de ellos es el intencional -el querer- que encapsula, en su estructura racional, su vinculación con una modalidad de la pulsión y el segundo reside en el orden del saber del sentido que tiene hacerlo, lo cual no sólo pone de relieve cualidades o virtualidades de la lengua sino de la operatividad de la cultura misma, a la que todo texto conjuga además de iluminar.

En segundo lugar, el texto, ya conformado, que acarrea aquello de la escritura que la justifica, me refiero a una carga de toda índole que se concentra en el instante de la escritura, no puede por eso mismo estar limitado por el lugar que ocupa dentro de un sistema aunque, como se ha dicho, como hecho producido, que encierra todo lo que contribuyó a su producción, permite los acercamientos comparatísticos; su pertenencia al sistema, que es su virtud desde el punto de vista comparatístico, no agota su peculiaridad, aquello que justifica su identidad de objeto entre otros objetos tanto diversos como semejantes. De ahí que deba ser tratado también de otra manera.

Ese otro trato, entonces, entraña otras obligaciones, en suma otra crítica si de lo que se trata es entender no ya un texto dentro de un sistema, cosa que sin duda da lugar a la comparatística de la que estamos hablando, sino en lo que tiene de propio, ni meramente funcional ni explicado por la intertextualidad, ni descriptivo de sus relaciones con objetos de otras series. Esa otra crítica exige a su turno otra teoría o, mejor dicho, resulta de una acumulación teórica que comienza fenomenológicamente delimitando un objeto para hallar los caminos de operaciones que conduzcan a lo que sería el centro mismo de la textualidad; estoy hablando de la significación como aquello que un texto produce y que, aunque no posea una forma describible, constituye su más

profunda razón de ser y el resorte de su acción en todos los niveles en los que actúa lo que llamamos literatura.

Frente, por lo tanto, a las virtudes y limitaciones del comparatismo, y haciéndose cargo de lo que sería lo propio textual en y fuera de sistema, toma forma otro momento en la incesante historia de la crítica; intento designarla como «la mirada semiótica», sin pretender por ello infundir en el trabajo crítico lo que proporciona esa disciplina llamada semiótica, en sus diversas líneas, que, por otra parte, puede estar corriendo el riesgo de una utilización que tiende a bastardear sus alcances. Se trata, más bien, insistiendo, de una mirada, o sea de una actitud que persiguiendo la evasiva forma de la significación de un texto se acerca a su proceso de constitución como texto, cercando su existencia objetiva, indagando en su índole subjetiva, creando con la consideración de ambos aspectos un modelo de comprensión que es también un modelo de comprensión del mundo. Que es lo que proporciona la literatura y que es lo que hay que buscar, la clave de su identidad. No se me ocurre que una experiencia textual como la de poemas de Apollinaire, o del concretismo brasileño, o aun de José Lezama Lima o Macedonio Fernández, pudiera ser aprisionada por un comparatismo después que una mirada comparatista hubiera limpiado el terreno y establecido todas las redes en las que esos textos pudieran estar instalados. Lo cual habla de una complementación, por cierto, pero, al mismo tiempo, de una necesidad de abrirse a una zona a la que el comparatismo no podría acercarse.

En suma, si bien en determinado plano el comparatismo, como modo de la crítica, es inexcusable e incluso parece ser inherente a la índole de los objetos que trata, o sea tanto los textos como los subsistemas en los que han podido ser agrupados, subsiste, paralelamente, el dilema crítico así como

el enigma textual. Si el comparatismo puede entender dichos subsistemas, la crítica, a su vez, que no termina de preguntarse por sí misma, siendo que la tradicional respuesta acerca de su función, que funda su posición institucional, no alcanza para darle un estatuto epistemológico y ni siquiera satisfactoriamente práctico, regresa al texto como unidad significativa y se debate con él y con lo que todavía está contenido en su singularidad. De ahí que yo haya sugerido, en un comienzo, que el comparatismo es un momento, que me gustaría llamar «conciente», en la cadena de una constitución de la crítica, de apertura, de rescate de interacciones, de proyecciones semiológicas pero que, asimismo, aunque no por convivencia con otros momentos subsistentes, prosigue reclamando configuraciones que intentan redondear todavía más lo que puede hacerse con un texto, en la certeza de una falta que ninguna articulación explicativa podrá suturar aunque sí, quizás, podrá proporcionar la felicidad de una precisión, de un roce significativo, de una aproximación.